

los libros, porque sino, no publicarían tantos. Héctor y yo les hemos dejado presentir que por cinco mil francos les concederíamos el derecho á tres mil ejemplares en dos ediciones. Dame el manuscrito de *El arquero*; pasado mañana almorzaremos en casa de los libreros y los reventaremos.

—¿Quiénes son?—preguntó Luciano.

—Dos asociados, dos buenos muchachos que se llaman Fendant y Cavalier. El uno ha sido primer dependiente de la casa Vidal y Porchón, y el otro es el viajante más hábil del muelle de los Agustinos. Ambos están establecidos hace un año. Después de haber perdido algún capital publicando novelas traducidas del inglés, estos fulanos quieren explotar las novelas indígenas. Corre el rumor de que estos dos negociantes de papel impreso arriesgan únicamente capital ajeno; pero yo opino que, á nosotros, nos importa poco la precedencia del dinero que tú has de recibir.

Dos días después, los dos periodistas estaban invitados á almorzar en la calle de Serpente, el antiguo barrio de Luciano, donde Lousteau conservaba aún su cuarto de la calle de la Harpe. Luciano, que fué allí á buscar á su amigo, lo vió en el mismo estado en que estaba la noche de su introducción en el mundo literario; pero no se asombró ya, pues su educación le había iniciado en las vicisitudes de la vida, y lo concebía todo. El gran hombre de provincia había recibido, jugado y perdido el importe de más de un artículo, perdiendo también el deseo de hacerlo, y había escrito más de una columna empleando los procedimientos ingeniosos que le había descrito Lousteau cuando habían bajado de la calle de la Harpe al Palais-Royal. Sometido á la dependencia de Barbet y de Braulard, traficaba en libros y en entradas de teatro; no reulaba ante ningún elogio ni ante ningún ataque, y en aquel momento sentía una especie de alegría sacando de Lousteau todo el partido posible antes de volver la espalda á los liberales, á quienes se proponía atacar tanto más cuanto que los había estudiado á las mil maravillas. Lousteau, por su parte, recibió de Fendant y Cavalier una suma de quinientos francos en dinero, á título de comisión, por haber procurado aquel futuro Walter Scott á los dos libreros que andaban á la busca de un Scott francés.

La casa Fendant y Cavalier era una de esas librerías establecidas sin ningún capital, como se establecían muchas entonces, y como se establecerán siempre mientras las fá-

bricas de papel y las imprentas continúen concediendo crédito á la librería, y ésta tenga tiempo de jugar siete ú ocho cartas de esas llamadas publicaciones. Entonces, como hoy, los autores cobraban sus obras en letras de cambio á seis, nueve y doce meses vista, pago fundado en la naturaleza de la venta que se salda entre libreros mediante valores suscritos á mayor plazo. Estos libreros pagaban en la misma moneda á los fabricantes de papel y á los impresores, los cuales por este procedimiento tenían gratis, por espacio de un año, toda una librería compuesta de una docena ó de una veintena de obras. Suponiendo dos ó tres éxitos, el producto de los buenos negocios salvaba los malos, y se sostenían injertando un libro sobre otro. Si las operaciones eran todas dudosas, ó si, por desgracia, encontraban buenos libros que no podían venderse hasta después de haber sido gustados y apreciados por el verdadero público; si los descuentos de sus valores eran onerosos, ó sufrían el perjuicio de alguna quiebra, presentaban balance sin ningún temor, por estar preparados de antemano para este resultado. Así es que todas las probabilidades estaban á su favor; pues no especulaban con los fondos suyos, sino con los ajenos. Fendant y Cavalier se encontraban en esta situación: Cavalier había aportado su saber, y Fendant su industria. El fondo social merecía eminentemente este título, pues consistía en algunos millares de francos, ahorros penosamente amontonados por sus queridas, de las cuales cobraban uno y otro considerables sueldos, escrupulosamente invertidos en comidas ofrecidas á los periodistas y á los autores, y en teatros, donde hacían, según ellos, los negocios. Estos dos semibribones pasaban por hábiles; pero Fendant era más astuto que Cavalier. Digno de su nombre, Cavalier viajaba, y Fendant dirigía los negocios en París. Esta asociación fué lo que será siempre la sociedad entre dos libreros: un duelo. Los asociados ocupaban el piso bajo de uno de esos antiguos palacios de la calle de Serpente, y habían publicado ya muchas novelas, tales como *La torre del Norte*, *El comerciante de Benarés*, *La fuente del Sepulcro*, *Tekeli*, y las novelas de Galt, autor inglés que no tuvo aceptación en Francia. Los éxitos de Walter Scott llamaban tanto la atención de la librería acerca de los productos de Inglaterra, que los libreros estaban todos preocupados, cual verdaderos comandos, con la conquista de Inglaterra, y buscaban un

Walter Scott, como se debía buscar más tarde asfalto en los terrenos pedregosos, bismuto en los pantanos, y beneficios en las líneas férreas en proyecto. Una de las mayores necesidades del comercio parisiense estriba en querer buscar el éxito en sus análogos, en lugar de buscarlo en sus contrarios. En París, sobre todo, el éxito mata al éxito. Bajo el título de *Los Strelitz, ó la Rusia hace cien años*, Fendant y Cavalier insertaban con letras gruesas lo siguiente: *Del género de Walter Scott*. Fendant y Cavalier tenían sed de un éxito: un buen libro podría servirles para sobrenadar y para lograr artículos de propaganda en los periódicos, gran condición de venta, sobre todo entonces; pues es sumamente raro que un libro se compre por su propio valor. Fendant y Cavalier veían en Luciano el periodista, y en su libro una fabricación cuya primera venta les facilitaría un fin de mes. Los periodistas encontraron á los asociados en su despacho, con el contrato dispuesto, y las letras firmadas. Aquella prontitud maravilló á Luciano. Fendant era un hombrecito delgado, dotado de siniestra fisonomía: aire de calmuco, frente pequeña y deprimida, nariz hundida, boca hendida, ojillos negros y vivos, los contornos de la cara alterados, tez basta, voz cascada y exterior de un bribón consumado; pero rescataba estas desventajas con sus palabras melosas, y lograba sus fines con su conversación. Cavalier, soltero, rechoncho y tan ordinario, que más bien parecía un carretero que un librero, tenía cabellos de un color rubio obscuro, rostro encendido, y la eterna charla del viajante de comercio.

—No tendremos que discutir nada—dijo Fendant dirigiéndose á Luciano y á Lousteau.—He leído la obra, es muy literaria y nos conviene tanto, que ya he entregado el manuscrito á la imprenta. El contrato está redactado con arreglo á las bases convenidas, pues nunca acostumbramos á salirnos de las condiciones estipuladas. Los efectos están suscritos á seis, nueve y doce meses; usted los descontará fácilmente y nosotros le indemnizaremos el descuento. Nos hemos reservado el derecho de dar otro título á la obra, porque eso de *El arquero de Carlos IX* no pica bastante la curiosidad de nuestros lectores, pues ha habido muchos reyes que llevaron el nombre de Carlos y en la Edad media abundaron mucho los arqueros. Si la titulase usted *El soldado de Napoleón*; pero ¡*El arquero de Carlos IX!* Cavalier tendría que

explicar un curso de historia de Francia en cada provincia en que desease vender algú ejemplar.

—¡Si supiesen ustedes la gente con quien tenemos que tratar!—exclamó Cavalier.

—Sería mejor titularla *La San Bartolomé*—repuso Fendant.

—*Catalina de Médicis ó Francia bajo el reinado de Carlos IX* sería un titulito parecido á los de Walter Scott—dijo Cavalier.

—En fin, ya lo determinaremos cuando la obra esté impresa—repuso Fendant.

—Con tal de que el título me convenga, lo que ustedes quieran—dijo Luciano.

Leído el contrato y firmado, Luciano se metió las letras en el bolsillo con sin igual satisfacción, y después subieron los cuatro á la habitación de Fendant, donde hicieron uno de los más vulgares almuerzos: ostras, biftecs, riñones y queso de Brie; pero estos platos fueron acompañados de exquisitos vinos, debidos á las relaciones de Cavalier con un viajante en licores. En el momento de sentarse á la mesa, se presentó el impresor á quien estaba confiada la impresión de la novela, el cual le llevaba á Luciano las pruebas del primer cuaderno.

—Queremos ir aprisa, necesitamos un éxito y contamos obtenerlo con su libro—dijo Fendant á Luciano.

El almuerzo, que comenzó á las doce, no acabó hasta las cinco de la tarde.

—¿Dónde encontrar dinero?—dijo Luciano á Lousteau.

—Vamos á ver á Barbet—le respondió Esteban.

Los dos amigos, un poco animados por el vino, se encaminaron hacia el muelle de los Agustinos.

—Coralia está admirada de las pérdidas de Florina y me dijo que ésta no le había dicho nada hasta ayer, atribuyéndote la causa de su desgracia. Parecía disgustada, hasta el punto de estar decidida á abandonarte—dijo Luciano á Lousteau.

—Es verdad—dijo Esteban abandonando su prudencia y franqueándose con Luciano.—Amigo mío (porque tú, Luciano, eres amigo mío, toda vez que me has prestado mil francos y no me los has pedido más que una vez), desconfía del juego. Si yo no jugase sería feliz: estoy debiendo á Dios y al diablo, y en este momento los alguaciles siguen mi

pista. En fin, bástete saber que cuando voy al Palais Royal, tengo siempre que doblar peligrosos cabos.

En el lenguaje de los vividores, doblar un cabo en París es dar un rodeo, ya para no pasar por delante de un acreedor, ó ya para evitar los lugares donde puede éste hallarse. Luciano, que no iba muy tranquilo por todas las calles, conocía ya la maniobra, aunque no conociese el nombre.

—¿De modo que debes mucho?

—Una miseria—repuso Lousteau,—con mil escudos estaría salvado. He querido formalizarme y no jugar más, y para liquidar mis deudas, he hecho un poco de *chantage*.

—¿Qué es eso de *chantage*?—dijo Luciano, que desconocía esta palabra.

—El *chantage* es una invención inglesa importada recientemente á Francia. Los *chanteurs* son gentes que pueden disponer de la prensa. Un director de periódico ó un redactor en jefe no se aventuran nunca á hacer por sí mismos *chantage*, pues siempre emplean á algún Girondeau ó á algún Felipe Bridau. Estos *bravi* van á encontrar al hombre que, por cualquier razón, está interesado en que no se ocupen de él. Muchas gentes tienen en la conciencia pecadillos más ó menos grandes. En París hay muchas fortunas sospechosas obtenidas por medios más ó menos criminales y que dan materia para deliciosas anécdotas, como la gendarmería de Fouché cercando á los espías del prefecto de policía, el cual, como no estaba en el secreto de la fabricación de los billetes falsos del Banco inglés, iba á prender á los impresores clandestinos protegidos por el ministro; la historia de los diamantes del príncipe Galatione; el asunto Maubreuil, la herencia Pombreton, etc. El *chanteur* se procura algún documento importante y le pide una cita al hombre enriquecido, y si éste no da una suma señalada, el *chanteur* le amenaza con entregar su secreto á la prensa. El hombre rico teme, pacta y la jugada está hecha. Si alguien se entrega á una operación peligrosa que puede sucumbir mediante una serie de artículos, se le suelta un *chanteur* para que entre en negociaciones con él y le saque dinero. Hay ministros á quienes se les presentan *chanteurs*, los cuales estipulan que el periódico atacará sus actos políticos y no á su persona. Lupeaulx, ese guapo refrendario que tú conoces, está perpetuamente ocupado en esta clase de negociaciones con los periodistas. El pillastre se ha creado una posición maravi-

llosa por medio de sus relaciones, es á la vez el mandatario de la prensa y el embajador de los ministros, trafica con los amores propios, extiende este comercio á los asuntos políticos y obtiene de los periódicos el silencio acerca de tal préstamo ó de tal concesión hecha sin competencia ni publicidad, concesión de la cual siempre se llevan una parte los cancheros de la banca liberal. Tú hiciste un poco de *chantage* con Dauriat, el cual te dió mil escudos para que no descreditases á Nathán. En el siglo XVIII, cuando el periodismo estaba en mantillas, el *chantage* se hacía por medio de libelos cuya destrucción compraban los favoritos y los grandes señores. El inventor del *chantage* fué el Aretino, gran hombre italiano que imponía condiciones á los reyes, como se las imponen hoy los periódicos á los actores.

—¿Y qué hiciste tú contra Matifat para lograr los mil escudos?

—Hice atacar á Florina en seis periódicos, y Florina se quejó á Matifat. Este rogó á Braulard que descubriese la razón de estos ataques. Braulard ha sido engañado por Finot. Este, en cuyo provecho trabajaba yo, le dijo al droguero que tú atacabas á Florina en interés de Coralía. Giroudeau ha venido á decir confidencialmente á Matifat que todo se arreglaría si se decidía á vender por diez mil francos su sexta parte de propiedad en la revista de Finot. Finot me daba mil escudos en caso de éxito, y Matifat iba á aceptar el trato, satisfecho de recobrar diez mil francos de los treinta mil que creía perdidos, pues hacía algunos días que Florina le decía que la revista de Finot no tenía aceptación. En lugar de recibir un dividendo, se trataba de pedir nuevamente fondos. Antes de hacer balance, el director del Panorama Dramático tuvo necesidad de negociar algunos efectos, y para que Matifat se los aceptase, le advirtió de la jugada que le iba á hacer Finot. Matifat, como comerciante astuto, abandonó á Florina, guardó su sexta parte y burló nuestros cálculos. Finot y yo bramamos de desesperación. Hemos tenido la desgracia de atacar á un hombre que no quiere á su querida, á un miserable sin corazón ni alma. Desgraciadamente, el comercio que hace Matifat no puede ser perjudicado por la prensa, resulta inatacable en sus intereses. No es posible criticar las drogas como se critican los sombreros, los artículos de moda, los teatros ó los objetos de arte. El cacao, la pimienta, los colo-

res, los tintes, el opio, no pueden ser depreciados. Mañana se cierra el Panorama, y Florina, que está en el mayor apuro, no sabe lo que hacer.

—Por cerrarse el teatro, Coralia se estrena dentro de algunos días en el Gimnasio y podrá servir á Florina—dijo Luciano.

—No la creas—dijo Lousteau.—Coralia no tiene talento; pero tampoco es tan estúpida para que vaya ella misma á procurarse una rival. Nuestros asuntos están terriblemente mal. Finot tiene una prisa atroz de adquirir esa sexta parte.

—¿Y por qué?

—El negocio es excelente, querido mío, pues hay probabilidades de vender el periódico por trescientos mil francos, y entonces Finot tendría una tercera parte, además de la comisión que le darán los asociados, y que él repartirá con Lupeaulx. De modo que estoy decidido, voy á proponerle un *chantage*.

—Pero ¿es la bolsa ó la vida un *chantage*?

—Es más aún—dijo Lousteau,—es la bolsa ó el honor. Anteayer, un periodiquito á cuyo propietario se le negó un crédito, dijo que el reloj de repetición rodeado de diamantes perteneciente á una de las notabilidades de la capital, se hallaba, por extraña casualidad, en manos de un soldado de la guardia real, y prometía el relato de esta aventura digna de las *Mil y una noches*. La notabilidad se apresuró á invitar á comer al redactor en jefe, y éste ganó ciertamente algo, pero la historia contemporánea perdió la anécdota del reloj. Siempre que veas á la prensa encarnizada contra gentes poderosas, no olvides que la causa del ataque es algún servicio negado. El *chantage* relativo á la vida privada es el que más temen los ingleses ricos, y constituye el mayor recurso de la prensa británica, que está infinitamente más depravada que la nuestra. Nosotros somos unos niños. En Inglaterra se compra por cinco mil francos una carta comprometedorá para volver á venderla.

—¿Y qué medio has encontrado de coger á Matifat?—le dijo Luciano.

—Querido mío—repuso Lousteau,—ese vil droguero le ha escrito á Florina las cartas más curiosas: ortografía, estilo, pensamientos, todo es excesivamente cómico. Matifat teme mucho á su mujer, y nosotros, sin nombrarle, sin que pueda quejarse, podemos atacarle en el seno de sus lares y

de sus penates, donde se cree en seguridad. Juzga su furor al ver el primer artículo de una novelita de costumbres titulada *Los amores de un droguero*, cuando haya sido lealmente prevenido de la casualidad que pone en manos de los redactores de un periódico unas cartas en que habla del pequeño Cupido, en que escribe *hamor* por amor, y en donde dice que Florina le ayuda á atravesar el desierto de la vida, lo cual puede hacer creer que la toma por un camello. En fin, que con esta correspondencia eminentemente extravagante hay para hacer reír á carcajadas durante quince días á nuestros abonados. Se le amenazará con escribir á su mujer una carta anónima que la ponga al corriente de la broma. ¿Querrá Florina aceptar el papel de perseguidora de Matifat? Aun le quedan ciertos principios, mejor dicho, ciertas esperanzas, y tal vez guarde las cartas para ella, porque, como discípula mía, es muy astuta; pero cuando sepa que el embargo no es una broma, cuando Finot le haga un regalo considerable ó le dé la esperanza de una contrata, me entregará las cartas para que yo se las venda á Finot. Este se las entregará á su tío, y Giroudeau hará capitular al droguero.

Esta confidencia serenó á Luciano, el cual, después de considerar que tenía amigos peligrosos, juzgó que no debía romper con ellos, porque podría necesitar su terrible influencia en el caso de que la señora de Espard, la señora de Bargeton y Chatelet le faltasen á su palabra. Esteban y Luciano llegaban en este momento al muelle, ante la miserable tienda de Barbet.

—Barbet—dijo Esteban al librero,—tenemos cinco mil francos de Fendant y Cavalier, á seis, nueve y doce meses. ¿Quiere usted descontarnos sus letras?

—Las tomo por mil escudos—dijo Barbet con imperturbable calma.

—¡Mil escudos!—exclamó Luciano.

—No encontrarán ustedes nadie que se los dé—repuso el librero.—Esos señores quebrarán antes de tres meses; pero yo conozco algunas de sus obras que son buenas, pero cuya venta es dura, y como no pueden esperar, se las compraré al contado por medio de sus letras. De este modo tendré una ganancia de dos mil francos en mercancías.

—¿Quieres perder dos mil francos?—dijo Esteban á Luciano.

—¡No!—exclamó Luciano asustado ante tamaña pérdida.

—Haces mal—respondió Esteban.

—No podrán ustedes negociarlas en ninguna parte—dijo Barbet.—El libro del señor es el último recurso de Fendant y Cavalier, los cuales sólo pueden imprimirlo dejando depositados los ejemplares en casa del impresor. Un éxito sólo les salvará por seis meses, porque tarde ó temprano quebrarán. Esas gentes beben más copitas que venden libros. Para mí, sus letras representan un negocio, y yo les doy á ustedes una cantidad superior á la que darían los usureros que se preguntan ante todo lo que vale cada firma. El comercio de la usura consiste en saber si tres firmas darán un treinta por ciento cada una en caso de quiebra, y ustedes sólo me ofrecen dos firmas que no valen un diez por ciento.

Los dos amigos se miraron, sorprendidos de oír por boca de aquel grosero un análisis que expresaba en pocas palabras todo el espíritu de la usura y del descuento.

—Nada de frases, Barbet—dijo Lousteau.—¿A casa de qué usurero vamos á ir?

—El padre Chaboisseau, del muelle de San Miguel, hizo el último fin de mes de Fendant. Si rechazan ustedes mi proposición, vayan á su casa; pero ya volverán, y entonces no les daré más que dos mil quinientos francos.

Esteban y Luciano se fueron al muelle de San Miguel y se encaminaron á la casita en que vivía aquel Chaboisseau, banquero de la librería. Lo encontraron en un segundo piso, en una habitación amueblada de la manera más original. Aquel banquero subalterno, y que era, no obstante, millonario, era aficionado al estilo griego. La cornisa del cuarto era una griega. Cubierta con tela teñida de púrpura y dispuesta á lo griego á lo largo de la pared, como el fondo de un cuadro de David, la cama, de forma muy pura, databa del tiempo del Imperio, en que todo se fabricaba siguiendo este estilo. Los sofás, las mesas, las lámparas, los menores accesorios, escogidos tal vez con paciencia en las tiendas de los mueblistas, tenían la gracia fina y elegante de todo lo antiguo. Este sistema mitológico formaba extraño contraste con las costumbres del banquero. Es de notar que los hombres más antojadizos se encuentran generalmente entre las gentes entregadas al comercio del dinero. En cierto modo, estas gentes son los libertinos del pensamiento. Como

pueden poseerlo todo, y, por consiguiente, están hastiados, hacen enormes esfuerzos para salir de su indiferencia. El que sabe estudiarlos, encuentra siempre en su corazón una virtud ó una manía que constituye su flaco. Chaboisseau parecía atrincherado en la antigüedad como en un campo inexpugnable. El banquero, hombrecito de empolvados cabellos, levita verde, chaleco color avellana y calzón negro, tomó las letras, las examinó, y después se las devolvió á Luciano gravemente, diciéndole con cariñosa voz:

—Los señores Fendant y Cavalier son excelentes muchachos, muy inteligentes; pero me encuentro sin dinero.

—Mi amigo será complaciente en el descuento—respondió Esteban.

—No, no, no tomaría esos valores por ningún dinero—dijo el hombrecito con imperturbable calma.

Los dos amigos se retiraron. Al atravesar la antesala acompañados prudentemente por Chaboisseau, Luciano vió un montón de libros viejos que el banquero, antiguo librero, había comprado, entre los cuales brilló á los ojos del novelista la obra del arquitecto Ducerceau acerca de las casas reales y de los célebres castillos de Francia, casas y castillos cuyos planos están dibujados en aquel libro con asombrosa exactitud.

—¿Me vendería usted esta obra?—le preguntó Luciano.

—Sí—dijo Chaboisseau convirtiéndose de banquero en librero.

—¿Por qué precio?

—Por cincuenta francos.

—El libro es caro, pero lo necesito. Únicamente que sólo podría pagárselo con las letras que usted se niega á tomar.

—Tiene usted una letra de quinientos francos á seis meses. Yo se la tomaré—dijo Chaboisseau, que sin duda tendría con Fendant y Cavalier algún resto de cuenta equivalente á esta suma.

Los amigos entraron en el cuarto griego, donde Chaboisseau hizo una pequeña factura al seis por ciento de interés y al seis por ciento de comisión, lo cual producía una deducción de treinta francos. Estos, unidos á los cincuenta francos, importe del libro, sumaban ochenta, que, deducidos de los quinientos, reducían la letra á cuatrocientos veinte francos, cantidad que el banquero entregó á Luciano después de abrir su caja llena de escudos.

—Pero, señor Chaboisseau, las letras son todas buenas ó malas, ¿por qué no me descuenta usted las demás?

—Yo no he descontado nada; lo que he hecho ha sido cobrarme el importe de una venta—dijo el buen hombre.

Esteban y Luciano se reían aún de Chaboisseau, sin haberle comprendido, cuando llegaron á casa de Dauriat, donde Lousteau rogó á Gabussón que les indicase algún otro banquero. Los dos amigos tomaron en seguida un cabriolé y se fueron al arrabal Poissonniere provistos de una carta de recomendación que les había dado Gabussón, el cual les anunció al mismo tiempo que iban á ver al tipo más extraño y más raro que habían visto en su vida.

—Si Samanón no toma esas letras, nadie se las descontará á ustedes—les había dicho Gabussón.

Tratante en libros viejos en el piso bajo, ropavejero en el primero y tratante en grabados prohibidos en el segundo, Samanón era, además, prestamista. Ninguno de los personajes que aparecen en las novelas de Hoffmann, ninguno de los siniestros avaros de Walter Scott puede ser comparado con aquel hombre creado por la naturaleza social parisiense, si es que podía llamársele hombre á Samanón. Luciano no pudo reprimir un gesto de espanto al ver á aquel ancianito seco, cuyos huesos querían perforar su piel perfectamente curtida y plagada de numerosas manchas verdes y amarillas, como un cuadro de Ticiano ó de Pedro Veronés visto de cerca. Samanón tenía un ojo inmóvil y helado, y el otro vivo y reluciente. El avaro, que parecía servirse de aquel ojo muerto para hacer los descuentos, y emplear el otro para vender sus grabados obscenos, llevaba una peluca cuyos cabellos negros empezaban ya á enrojecer y bajo la cual se veían algunos pelos blancos. Su amarilla frente tenía un no sé qué de amenazador, sus mejillas estaban hundidas, y sus dientes, blancos aún, permanecían al descubierto. El contraste de sus ojos y la mueca de aquella boca le daban un aspecto bastante feroz. Los pelos de su barba, duros y puntiagudos, debían pinchar como alfileres. Una levitita raída, llegada ya al estado de yesca, y una corbata negra desteñida y rozada por la barba, que dejaba ver un cuello arrugado como el de un pavo, anunciaban claramente la indiferencia de aquel hombre en lo que atañía á disimular su siniestra figura. Los dos periodistas encontraron á aquel ser sentado ante un mostrador sumamente sucio y ocupado en pegar

etiquetas en la tapa de algunos libros viejos comprados en una almoneda. Después de haber cambiado una mirada con la cual se comunicaron las mil cuestiones que engendraba la existencia de semejante personaje, Luciano y Lousteau le saludaron, presentándole la carta de Gabussón y las letras de Fendant y de Cavalier. Mientras que Samanón leía, entró en aquella obscura tienda un hombre de gran inteligencia, vestido con una levita, y que dijo á Samanón, presentándole una tarjeta numerada:

—Necesito mi levita, mi pantalón negro y mi chaleco de satén.

Tan pronto como Samanón hubo tirado del botón de cobre de una campanilla, bajó una mujer que parecía ser normanda por la frescura de su rica encarnación.

—Préstale al señor sus ropas—dijo tendiéndole la mano al autor.—Da gusto trabajar con usted; pero un amigo suyo me ha traído un jovencito que me ha cogido.

—¡Cogerle á éll!—dijo el artista á los dos periodistas, señalando á Samanón con un gesto profundamente cómico.

Aquel gran hombre puso un franco cincuenta céntimos en la seca y amarilla mano del prestamista, el cual los dejó caer en el cajón de su mostrador. Aquella cantidad servía para obtener por un día sus ropas nuevas, como hacen los *lazaroni* cuando quieren usar por unas horas sus efectos empeñados en el *Monte di Pietá*.

—¿Qué extraño comercio haces?—dijo Lousteau á aquel gran artista entregado al opio y que, retenido por la contemplación en palacios encantados, no podía ó no quería crear nada.

—Este hombre da mucho más que el Monte de Piedad sobre objetos empeñables, y tiene, además, la espantosa caridad de dejárselos á uno en las ocasiones en que hay necesidad de vestir bien—respondió.—Esta noche voy á comer á casa de los Keller con mi querida, y como es más fácil tener un franco cincuenta que doscientos francos, vengo á buscar mi ropa, que en seis meses le ha valido ya cien francos á ese caritativo usurero. Samanón ha devorado ya mi biblioteca libro á libro.

—Y céntimo á céntimo—dijo Lousteau riéndose.

—Le daré á usted mil quinientos francos—dijo Samanón á Luciano.

Luciano dió un salto como si el prestamista le hubiese

sepultado en el corazón un hierro candente. Samanón examinaba las letras cuidadosamente, fijándose mucho en las fechas.

—Y para eso, aun tengo que ver á Fendant para que me entregue unos libros—dijo el comerciante.—Usted no vale gran cosa—le dijo á Luciano.—Vive usted con Coralia y sus muebles están embargados.

Lousteau miró á Luciano, el cual volvió á tomar sus letras y salió de la tienda diciendo:

—¿Es este hombre el diablo?

El poeta contempló durante algunos instantes aquella tiendecita tan modesta, mezquina y sucia, que todos los transeuntes debían reirse al verla, preguntándose:

—¿Qué comercio podrá hacerse ahí?

Algunos momentos después, el desconocido artista, que debía asistir diez años después á la empresa inmensa, pero sin base, de los sansimonianos, salió muy bien vestido, sonrió á los dos periodistas y se dirigió con ellos hacia el pasaje de los Panoramas, para completar allí su metamorfosis haciendo que le limpiasen las botas.

—Cuando se ve entrar á Samanón en casa de un librero, de un fabricante de papel ó de un impresor, ya están perdidos—dijo el artista á los dos escritores.—Samanón es, entonces, una especie de funerario que va á tomar medida al muerto para la caja.

—Ya veo que no encontrarás quien te descuente esas letras—dijo entonces Esteban á Luciano.

—Lo que Samanón rechaza, nadie lo acepta, porque él es la *última ratio*—dijo el desconocido.—Este hombre es un segundo de Gigonnet, de Palma, de Gobseck y de otros cocodrilos que nadan en la plaza de París, cocodrilos con los cuales tiene que encontrarse, tarde ó temprano, el que ha de hacer ó deshacer su fortuna.

—Si no encuentras quien te descuente las letras á un cincuenta por ciento, tendrás que cambiarlas por escudos.

—¿Cómo?

—Dáselas á Coralia, y ella las presentará en casa de Camusot. ¿Cómo! ¿te resistes?—dijo Lousteau al ver el salto que dió Luciano.—¿Qué niñería! ¿Vas á comprometer tu porvenir por semejante escrúpulo?

—Ante todo, lo que voy á hacer, es llevarle este dinero á Coralia—dijo Luciano.

—Otra tontería—exclamó Lousteau.—Nada harás con cuatrocientos francos, necesitando cuatro mil. Guardemos con que emborracharnos en caso de perder, y juega.

A cuatro pasos de Frascati, estas palabras tuvieron una virtud magnética. Los dos amigos despidieron el coche y subieron al juego. Ganaron primero tres mil francos, se quedaron luego con quinientos y volvieron á tener tres mil setecientos. Bajaron después hasta cinco francos, adquirieron á poco dos mil y los arriesgaron á los pares para doblarlos de un solo golpe. Los pares no habían salido hacía cinco jugadas, apuntaron á ellos la suma y volvieron á salir nones. Entonces Luciano y Lousteau bajaron las escaleras de aquella célebre casa, después de haber pasado dos horas de terribles emociones. Se habían reservado cien francos. Cuando estaban ya en el peristilo, Lousteau, al ver los ardientes ojos de Luciano, le dijo:

—No juguemos más que cincuenta francos.

Los dos periodistas volvieron á subir. En una hora hicieron mil escudos, y como el color rojo no había salido en cinco veces, apuntaron á él, y lo mismo que la otra vez, salió negro. Eran las seis.

—Juguemos otros veinticinco francos—dijo Luciano.

Esta nueva tentativa duró poco, pues perdió los veinticinco francos en diez golpes. Entonces Luciano lanzó con rabia los últimos veinticinco francos sobre la cifra de su edad y ganó: imposible es describir el temblor que se apoderó de él cuando tomó el rastrillo para coger los escudos que el banquero iba depositando uno á uno. Le dió diez lises á Lousteau y le dijo.

—Vete á casa de Very.

Lousteau comprendió á Luciano y fué á encargarse de la comida. El poeta, que había quedado solo en el juego, puso sus treinta lises al color rojo y ganó. Animado por la voz secreta que oyen á veces los jugadores, lo dejó todo en el rojo y volvió á ganar. No obstante la voz interior que le mandaba retirarse, cambió de color y colocó los ciento veinte lises en el negro, que frustró sus esperanzas. Entonces sintió la deliciosa sensación que sienten los jugadores, después de sus terribles sensaciones, cuando, al no tener ya qué arriesgar, abandonan el palacio ardiente donde se han desvanecido sus fugaces sueños.

Luciano se fué á casa de Very, y allí ahogó en vino sus

inquietudes. A las nueve estaba tan completamente borracho, que no comprendió el por qué su portera de la calle de Vendome le decía que se fuese á la calle de la Luna.

—La señorita Coralia ha dejado el piso y se ha instalado en la casa cuya dirección está escrita en este papel.

Luciano, demasiado ebrio para asombrarse de nada, volvió á subir al coche que le había llevado, y se hizo conducir á la calle de la Luna, diciéndose á sí mismo equívocos acerca del nombre de esta calle.

Durante aquella mañana, había estallado la quiebra del Panorama Dramático. La actriz, asustada, se había apresurado á vender su mobiliario, con el consentimiento de sus acreedores, al padre Cardot, el cual, para que no cambiase el destino de aquel piso, instaló en él á Florentina. Coralia lo había pagado y liquidado todo, y mientras que ella se entregaba á estas operaciones, Berenice preparaba con muebles de lance un piso de tres habitaciones en lo más alto de una casa situada en la calle de la Luna, á dos pasos del Gimnasio. Coralia, que había salvado de aquel naufragio su amor sin mancha y un saco de mil doscientos francos, esperaba allí á Luciano, el cual, en medio de su embriaguez, contó sus desgracias á Coralia y á Berenice.

—Has hecho bien, ángel mío—le dijo la actriz estrechándole entre sus brazos.—Ya negociará Berenice esas letras con Broulard.

Al día siguiente por la mañana, Luciano despertó en medio de los encantadores goces que le prodigó Coralia. La actriz redobló su amor y su ternura, como para compensar la indigencia de su nuevo hogar con los más ricos tesoros de su corazón. Estaba hermosísima, con sus cabellos sueltos, blanca y fresca, mirada alegre y palabra animada y viva como el rayo de sol que penetró por las ventanas para dorar aquella encantadora miseria. El cuarto estaba tendido de un papel verde y adornado con dos espejos, situados el uno sobre la chimenea y el otro sobre la cómoda. Una alfombra de lance, comprada por Berenice con su dinero, á pesar de las órdenes de Coralia, ocultaba los fríos y desnudos ladrillos del pavimento. Un armario con espejo y una cómoda servían de guardarropa á los dos amantes. Los muebles de caoba estaban tapizados con tela de algodón azul, y Berenice había salvado del desastre un reloj, dos vasos de porcelana, cuatro cubiertos de plata y seis cucharillas. El come-

dor, contiguo al dormitorio, parecía el de la casa de un empleado con mil doscientos francos. La cocina estaba enfrente del descansillo, y Berenice dormía en la buhardilla. El alquiler no pasaba de cien escudos al año. Esta horrible casa tenía una falsa puerta cochera. El portero se albergaba en una de las hojas de la puerta condenada provista de una ventanita á través de la cual vigilaba á diez y siete inquilinos.

Luciano vió, además, en el piso una mesa despacho, un sofá, tinta, plumas y papel. La alegría de Berenice, que contaba con el estreno de su ama en el teatro, y la de la actriz, que estudiaba su papel, ahuyentaron las inquietudes y la tristeza del poeta, que dijo:

—Con tal que en el gran mundo no se sepa nada de todo esto, ya saldremos del paso. Después de todo, aun contamos con cuatro mil quinientos francos. Voy á explotar mi nueva posición en los periódicos realistas. Mañana inauguramos el *Despertar*, y como yo ya sé lo que es ser periodista, podré sacar partido.

Coralia, que sólo vió amor en estas palabras, besó los labios que las habían pronunciado. En este momento, Berenice ponía la mesa al lado del fuego y se disponía á servir un modesto almuerzo compuesto de huevos, dos costillas y café con leche.

Llamaron á la puerta. Tres amigos sinceros, Arthez, León Giraud y Miguel Chrestién se presentaron ante los asombrados ojos de Luciano, el cual, vivamente conmovido, les invitó á que participasen de su almuerzo.

—No—dijo Arthez, —venimos para asuntos más serios, y no para simples consuelos. Hemos estado en la calle de Vendome y lo sabemos todo. Luciano, usted conoce mis opiniones. En cualquiera otra circunstancia, yo tendría un placer en verle adoptar mis convicciones políticas; pero en la situación en que usted se ha colocado escribiendo en los diarios liberales, no puede usted pasar al campo de los ultrás sin manchar para siempre su existencia. En nombre de nuestra amistad y por pequeña que ésta sea, venimos á rogarle que no se comprometa de ese modo. Usted ha atacado á los románticos, á la derecha y al gobierno, y no puede ahora defender al gobierno, á la derecha y á los románticos.

—Las razones que me hacen obrar de ese modo están

sacadas de un orden superior de ideas y el fin lo justificará todo—dijo Luciano.

—Tal vez no comprende usted la situación en que estamos—le dijo León Giraud.—El gobierno, la corte, los Borbones, el partido absolutista, en una palabra, el sistema opuesto al sistema constitucional, que se divide en varias fracciones divergentes cuando se trata de los medios que hay que emplear para ahogar la Revolución, está de acuerdo acerca de la necesidad de suprimir la prensa. La fundación del *Despertar*, de *El Rayo* y de *La Bandera Blanca*, periódicos destinados á responder á las calumnias, á las injurias y á las burlas de la prensa liberal, á la que no apruebo en esto, pues este desconocimiento de la grandeza de nuestro sacerdocio es precisamente lo que nos ha llevado á publicar un periódico digno y grave cuya influencia será dentro de poco respetable y sentida, imponente y digna—dijo haciendo un paréntesis;—esta artillería realista y ministerial es un primer ensayo de represalias emprendido para devolver á los liberales dardo por dardo, herida por herida. ¿Qué cree usted que ocurrirá, Luciano? Los abonados están en mayoría en el lado izquierdo, y en la prensa, como en la guerra, la victoria pertenece siempre á los grandes batallones. Ustedes serán infames, embusteros, enemigos del pueblo, y los otros serán defensores de la patria, de las gentes honradas y de los mártires, aunque tal vez sean más hipócritas que ustedes. Este medio aumentará la influencia perniciosa de la prensa, legitimando y consagrando sus más odiosas empresas. La injuria y la personalidad se convertirán en uno de sus derechos públicos, y cuando el mal se haya revelado en toda su extensión, las leyes restrictivas y prohibitivas, la censura establecida con motivo del asesinato del duque de Berry y levantada después de la apertura de las Cámaras, volverá á establecerse. ¿Sabe usted lo que deducirá el pueblo francés de esta lucha? Escuchará las insinuaciones de la prensa liberal, creará que los Borbones quieren destruir los resultados materiales adquiridos con la Revolución, y llegará un día en que se levantará y arrojará á los Borbones. No sólo mancha usted su vida con ese cambio, sino que llegará un día en que se verá ligado al partido vencido. Usted es demasiado joven y demasiado novato en la prensa, conoce muy poco sus resortes secretos y ha excitado demasiada envidia para resistir al clamoreo general que se levanta

ará contra usted en los periódicos liberales. Será usted arrastrado por el furor de los partidos, que están aún en el paroxismo de la fiebre; únicamente que su fiebre ha pasado de las acciones brutales de 1815 y 1816 á las ideas, á las luchas orales de la Cámara y á los debates de la prensa.

—Amigos míos—dijo Luciano,—no creáis que soy aún el aturdido poeta que fui en otro tiempo. Ocurra lo que quiera, yo habré sacado ventajas que nunca obtendré en el partido liberal. Cuando vosotros alcancéis la victoria, mi suerte estará ya hecha.

—Nosotros te cortaremos... los cabellos—dijo Miguel Chrestién riéndose.

—Entonces tendré ya hijos—dijo Luciano,—y cortarme la cabeza será no cortarme nada.

Los tres amigos no comprendieron á Luciano, en el cual se había desarrollado el orgullo nobiliario y las vanidades aristocráticas, mediante sus relaciones con la elevada sociedad. Por otra parte, el poeta veía tal vez con razón una inmensa fortuna en su belleza y su talento revestido con el nombre y el título de conde de Rubempré. Las señoras de Espard, de Bargetón y de Montcornet le tenían sujeto por este hilo, como tiene un niño sujeto á un saltón. Luciano no volaba ya más que en un círculo determinado. Las palabras: «Piensa bien; es de los nuestros», dichas tres días antes en los salones de la señorita de Touches, le habían embriagado, así como las felicitaciones que había recibido de los duques de Lenoncourt, de Navarreins y de Grandlieu, de Rastignac, de Blondet, de la hermosa duquesa de Maufigneuse, del conde de Esgrignón, de los Lupeaulx y de las gentes más influyentes del partido realista.

—Vamos, no hay remedio—replicó de Arthez.—Te será más difícil que á otro conservarte puro y tener tu propia estimación, y como te conozco, sé que sufrirás mucho cuando te veas despreciado por aquellos mismos por quienes te habrás sacrificado.

Los tres amigos dijeron adiós á Luciano sin tenderle amistosamente la mano, y el poeta permaneció algunos instantes pensativo y triste.

—¡Ehl deja á esos necios—dijo Coralia sentándose en las rodillas de Luciano y echándole los brazos al cuello.—Ellos toman la vida en serio, y la vida es una broma. No temas, tú serás Luciano de Rubempré, y si es preciso, yo